



A S. M. la Reina Doña María Cristina de Borbon.

¡Salve madre de Iberia!
Desde mi pobre albergue te saluda
Mi lira entusiasmada.
Salva, Cristina amada!
Si la España leal lloró tu ausencia,
Si tu augusta presencia
Con la paz le robaron fomentados,
Hoy el pueblo español siempre amoroso
A saludarte acude presuroso.

El pueblo de Madrid enajenado
Te recibió con mil aclamaciones,
Y su dicha expresaba
El placer que reinaba
En el pueblo entusiasta por sus reyes,
Sus fueros y sus leyes.
Y el pecho conmoviendo
Estos lieros acentos me inspiraron
Que cual mil y mil otros resonaron.

Madre amorosa y pia
De Isabela feliz, de Hesperia noble,
Si no la real diadema
Ceñir puedes que emblema
Fue para España de era venturosa:
Sin ella tan dichosa
Tornar puedes á Iberia
Que no envidie del Támesis ni el Sena.
La grandeza y poder que hoy ve con pena.

Fuiste el iris de paz
Para la España en mas dichoso dia;
Hoy ájxel de consuelo
Descendido del Cielo,
La nucion entusiasta en tí confia;
Los vates á portía
En tú loor cantares entonando,
Transmitirán á mil generaciones
Tus virtudes, tu nombre y tus acciones.

L. V.

COSTUMBRES ANDALUZAS.

UN MAYORAZGO. (1)

.... Desde la mas remota antigüedad nuestros abuelos no han trabajado para comer.—Figaro.

Satisfecho, pues, el apetito y la curiosidad del primogénito de la antigua casa de Cartolina, aquel con los hambres, y este con las nuevas que de su tierra el boticario traia, no se hizo el último de rogar para que cumpliera su promesa; y en breves y sentidas razones, con estilo ya grave y sentencioso, ya ligero, persuasivo ó insinuante, según el caso pedia, trazó al vivo la alegre y sosegada vida del mayorazgo de provincia, su perenne y solazada holganza, su tranquilo existir, añadiendo al cuadro tales golpes de efecto y claro oscuro, tales pinceladas y brochazos de práctica inteligencia, que dejó al bueno de D. Ruperto embelesado, pendiente del discurso, y sin acertar á romper el profundo silencio con que oía.

Entonces D. Olegario, que tenia sus motivos de secreto interés en la vuelta del mayorazgo, esforzó cuanto pudo la oracion, y soltó su voz campanuda y bronca á estas ó semejantes palabras.

—¿Qué diré ahora, paisano y concólega mio, que diré de los gustosos y dulcísimos ratos que os proporcionará la sociedad de los animales en nuestra poblacion, quiero indiciar, la grata compañía de los perros, de los gallos, de los palomos y de los toros, puesto que todos ellos han sido criados para vuestra complacencia y recreo, que en cada uno habeis de hallar cualidades que os admiren, lances que os cautiven, y cosas tales que habrán de dejaros estupefacto y asombrado?»

«¿No oísteis, por vida mia, celebrar el estudio del naturalista sobre la pequeña hormiga, del botánico sobre la menuda flor, y del químico, del farmacéopolo sobre las imperceptibles particulas de los cuerpos minerales? Pues bien; quiere decir que vos, sin tanto trabajo como ellos, pero con mas provecho de vuestra salud y de vuestra bolsa, sin correr á países remotos, *sin sol, sin luz, y sin moscas*, según repite el adagio vulgar de Andalucía, sin calentaros, por último, el meollo, (cosa de no poca monta para un hombre como vos,) conoceréis la huella del conejo mejor que Buffon, arrullareis como la tórtola, mas bien que pudo hacerlo Cuvier con todas sus vigiliat, caatareis como el zorzal, imitareis á la perdiz en sus amorosos reclamos, al perro en sus ladridos, á la codorniz en su áspero gútar, sorprendereis á la hembra en su lecho, al lobo en su guarida, y conoceréis las costumbres y la vida entera de los seres que os rodean, teniendoos por dueño y señor natural de todos ellos.»

«Y si doblando aquesta hoja de vuestra futura, agreste historia, desdoblamos y leemos el capítulo que ha de tratar precisamente de la vida civil, ¿no tropeza-

remos por fuerza con mil incidentes, á cual mas risueño y lisongero? Ya me parece que os veo, al lado de vuestros inseparables compañeros de aventuras, disfrutar en un solo dia de mil variados deleites; ya imagino que correis sin descanso del juego á la plaza, del palomar *al reñidero*, del *huestero* trato de las hebras, al amplísimo corral del matadero.

«¿Y la botica? Dios mio... ¡la botica!!!... Compilacion de heterogéneos elementos que proporcionan la salud; tesoro de la existencia; y tesoro tambien del boticario; depósito de simples y compuestos, tan provechosos estos como aquellos; almacén de la dicha de las familias, archivo de su dilatada bienandanza, recurso y amparo de dolientes y menesterosos: local simpático, á donde los hombres desocupados de todos los partidos, de todas las edades y condiciones, se reúnen, se nivelan y se solazan, matando el ocio que les abruma; Ah caballero Cartolina! cuan buenos y sabrosos dias os esperan en la botica! Allí, echado en una silla y abanicándoos, si es verano; ó acurrucado al amor de la lumbre, si es invierno; junto al almirez, lo mismo que al lado de las redomas, en el portal, ó en la *rebotica*, bien de chaqueta y calañés, bien de capa, y sombrero de *capa*; en una palabra, del modo que gustéis, y en el sitio que plazca, rellenará vuestro olfato el aire embalsamado de esencias mil; recreará vuestros ojos la entrada y la salida de las parroquianas; acurriciarán vuestros oídos cuantas anécdotas, sucesos ó historias ocurran en el país; tocarán vuestras manos suavísimas pastillas; y saboreará vuestra glotis el nunca bien ponderado jarave de corteza de cidra, y la salutifera agua de guindas aromatizadas en aquel laboratorio.»

«Venid á mis brazos, amigo mio; y pues os veo resuelto á seguir mis consejos, no hablemos mas del asunto.»

Bien, como el prisionero que durmiendo en su pobre gergon, sueña dichas y placeres, y gozo y libertad, y soñando se rebulle, se anima, levanta su cabeza y sacude sus miembros perezosos, creyendo cuanto imagina; mas que despierto al fin, tiente una y mil veces sus cadenas, mira asombrado á todas partes, y llora al conocer su loco desvario, así D. Ruperto salta al cuello del aporreador de drogas, le abraza, le bendice, y despues se arrisca, estira las piernas, contrae los labios, y da á su persona el aire y aplomo de un vinculista, como si ya se encontrase en mitad del lugar, gozando de la buena vida que se le pinta. Pero en aquel momento mira á su traje, palpa sus arreos militares, vuelve los ojos á la comitiva que le acompaña, y cruzando su mente sombríos pensamientos de esclavitud, cae triste y abatido en profunda meditacion. Y cuidado, lectores, que no es hipóbole; porque hay ocasiones, en que los mayorazgos de la estofa de nuestro héroe tambien meditan.

Una palmada del boticario dadri á este tiempo sobre los hombros del guerrero le sacó de sus imaginaciones, y pensó entonces que todo tiene remedio en este mundo menos la muerte. En vista de lo cual, hizo propósito firme de librarse de una vez del peso

(1) Véase el número anterior.

de las armas, pidiendo su separación y trabajando sin descanso hasta alcanzarla.

Comenzaba ya la tarde á refrescar, y dispusieronse á partir entrambos interlocutores, satisfechos el uno del otro reciprocamente, dándose mutuas seguridades de afecto invariable.

¡Oh! quien nos prestara la elocuencia de que necesitamos para diseñar siquiera la escena tierna é interesante que presenciaron los soldados, cuando cabalgando aquellos dos amigos, se dieron el último adios, destrozando con sus dulces y amorosas palabras aquel par de corazones de alfeñique. Mas ya que tal descripción sea superior á vuestras fuerzas, diremos solamente que en medio de sus derretidos coloquios picó cada cual la hacanea que montaba, y marcharon ambos, hacia el lugar el hijo de Escolapio, y en busca de su regimiento el lozano pimpollo de Mavorte.

Cuenta en este mismo punto el Padre Anton, que á pocos días de la entrevista con D. Olegario, recibió Cartulina la funesta nueva del fallecimiento de su padre, quien le dejó por herencia su casa solariega, el mayorazgo en lamentable estado de abandono, y un crecido caudal de vicios y de trampas, que se propuso explotar nuestro Ruperto, para ofrecer con esto un tributo de amor y reverencia á la buena memoria del ilustre arretuado.

Pasados los lloros y los duejos, vinieron los sucesos tan prósperos, como pudieran desearse. El intrépido alférez obtuvo su licencia, y dióse prisa á volver á su cara patria, para no abandonarla jamás, y para pavonearse y alzar la cresta como el gallo en el gallinero, de lo cual tenía muchas ganas; porque decía que durante el servicio no habían las gentes en las ciudades ni en las villas guardado á su persona, (sin embargo de los timbres y méritos que la exornaban,) todo el respeto y atención que en su país le mostraron antes, labriegos y artesanos, amigos y enemigos, las doncellas y las viejas; clamando todas cuando le veían. «Mirale al niño de D. Paneracio, ¡Dios lo bendiga! Y qué buen mozo y qué rebruto que está! «Robusto direis, abuela, que no rebruto.» Lo mismo viene á ser muchacha, gruñía una sibila. Y entonces se le inclinaban las mugeres; quitábase los hombres la monterá, y nuestro mayorazgo inflado y lleno de pompa, marcaba el paso, dignándose apenas de arrojar una mirada de compasión á la absorta muchadumbre.

Tales ideas se agolpaban á la mente fresca de Cartulina, y duraron hasta que se afneó en el hogar de sus abuelos, donde hubo de recibir bajo la ancha y maciza campana de una chimenea española, arrellanado en el sillón carcomido de su padre, los cumplimientos y placentes de ordenanza en nombre de todos sus amigos y parientes; las murmuraciones de las hidalgas; los discursos graves de los eclesiásticos que renovaban el afecto que siempre profesaron al Papá; con mas las décimas de los poetastros y de los presos de la cárcel, que esperando ver los puntos que caía en su munificencia, ponían por las nubes los heroicos hechos del ilustre mayorazgo.

Así transcurrió el mes primero, y loco de alegría el pobre hombre, al hallarse entre los suyos y al reconocer como la hormiga su hormiguero, puso en ejecución su plan favorito de ocupaciones y trabajos, (en el sentido que él daba á estas palabras) dividiendo admirablemente su tiempo entre aquellos placeres de que le habló con tanto encomio el boticario, y los pocos cuidados que exija su astropeado vinculejo.

Ninguno mas constante al lado de sus camaradas para desocupar un jarro tras otro del licor divino; ninguno mas fuerte en la caza; mas sufrido en la pesca, mas pródigo en la riña de gallos; ninguno mas rendido con las deidades de á seis cuartos; mas galante en las ferias; mas firme en el disputar; mas franco en el pedir, ni mas económico tampoco para dar.

Modelo, en fin, de buenas prendas, dotado por el cielo de un alma tan grande como un cántaro, era la gloria, la delicia, como antes dijimos de la gente de chispa, y de los hombrecitos de *calia*. ¿Por qué las personas de esta laya no habrán de durar siempre? ¿Por que en la asendereada patria de Eva nada hemos de tener estable ni perpetuo, sino que todo pasa, y todo vuela y se marchita, como se vuelan pasan y marchitan las hojas secas del rábano, y la flor morada del cardo de borrico? A fé mía, no lo sé, pero es indudable que cuando nuestro protagonista fijaba un clavo de á cuarta en mitad de la rueda de su fortuna, cuando remontaba su vuelo hasta donde remontarlo podia, y casi tocaba al apojeo de su dieba con la mano, entonces circularon una tarde con asombro del vecindario muchas esquelas del tenor siguiente.

«El señor D. Ruperto Maria Cartulina, Brutamonte, Rebuzzero, Cuatro-coces, Garibay, etc., etc., etc.

HA FALLECIDO.

D. Fruela, D. Berengario, D. Nemesio y D. Sisebuto Cartulina, D. Pánfilo Conejera y Aguafria, Don Olegario Espátula y Malvasisco; parientes y albaceas testamentarios del difunto, (que está en gloria) B. L. M. de V. y le suplican se sirva encomendarlo á Dios, y darse una vuelta por la casa mortuoria, donde descansa su flaca humanidad hasta que se verifique el entierro.

Se recibe y despide á las tres, en la Sacristía de San José, donde los suprascriptos llorarán á moco tendido.»

A tan política invitacion era imposible dejar de asistir, y con mas razon, si atendemos á la natural curiosidad, que picaba á los convidados por saber la causa de tan repentina como inesperada catastrophe. Llenóse de gentes la botica del albacea del finado, y allí con espanto escucharon, que yendo á lucir su habilidad el bueo del Mayorazgo en el reconocimiento de una torada, hubo de antojarsele á cierto novillo retozon y vivaracho el arremeter de frente con D. Ruperto, dejándole mal trecho del porrazo. Y no fue aquesto lo peor, sino que cabalgando de nuevo, y perseguido otra vez por la fiera, metióse en un riachuelo que cercano estaba, donde equivocando el vado, tropezando y ca-

yendo, magulló su dignísima persona, la cual contusa, medio ahogada y moribunda trajeron al lugar los vaqueros que el hecho presenciaron.

Inútil fue el auxilio del Doctor, ineficaz la asistencia de su amigo el boticario. Postrado en su lecho de muerte Cartulina, solo pudo recibir los sacramentos y otorgar muy de prisa un codicillo, en el que prevenia se edificase un puente en el lugar de la desgracia, y que cerca del mismo, dentro de una huerta de su pertenencia, se diera sepultura á su cuerpo, inscribiendo en letras de oro algun letrero que recordase las delicias de la holganza.

Pareció al Cura de la Parroquia muy poco cristiana semejante memoria, y aun disputó con los cumplidores de la voluntad de Cartulina sobre el caso de llevarla á ejecucion; mas todas las pláticas fueron en valde, porque D. Olegario juró que se realizaria la cláusula testamentaria, y se llenarian en todas sus partes los deseos de su amigo.

El puente se hizo, el mausoleo se levantó, y en sus costados se colocaron dos bajos relieves de mármol

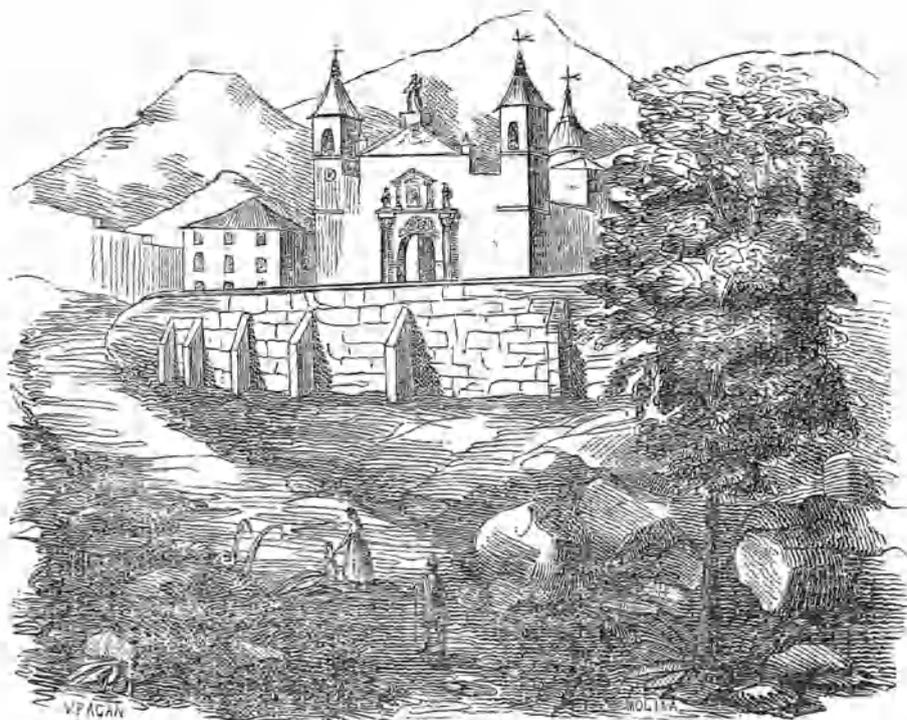
blanco, representando en uno los gozos de los Sibaritas, el reposo de los Orientales, que fuman su pipa mientras sus mugeres labran sus campos; la vida de los hombres de la India holgada y tranquila, con otros grupos y figuras adaptadas al asunto. En el opuesto lado se esculpieron los trabajos mitológicos de las hijas de Dánae, el martirio de Sísifo; Hércules y Sanson, los presidarios y los mineros de Siberia, con diversas semblanzas y objetos, parto de la volcánica imaginacion del boticario, que formó empeño en mostrar á los viandantes, cuan duro es el afán de los humanos, y cuan gustosa y amable la torpe ociosidad.

Ampliando esta idea, estableció un corto derecho para el sosten de la primera de ambas obras, é hizo grabar sobre una columna á la entrada del puente el epitafio que sigue.

Paga, si el ocio estimas, el pontazgo
Junto á aquel frondosísimo camueso,
Do reposa el cadáver largo y tieso
Del Sr. D. Ruperto el Mayorazgo.

L.

ESPAÑA PINTORESCA.



La Fuen-Santa de Murcia.

I.

Al Sur de la celebrada vega de Murcia, y á tres millas poco menos de aquella hermosa ciudad, corre

del E. al O. una cordillera de montes elevados, llamada *Sierra de Fuen-Santa*. Toma nombre de uno de los diferentes Santuarios que contiene, al pie del cual hay un manantial perenne de agua pura y cristalina, que conocieron los antiguos por la *Fuente Santa*. En este

Santuario se daba culto desde tiempo inmemorial á la Virgen María. Se reducía á una pequeña y pobre ermita, con un cuadro pintado en lienzo, de que cuidaba una sola persona, elegida por el Obispo y el Cavildo eclesiástico de Murcia. La devoción á la Virgen de la Fuen-Santa, y los favores de su intercesión, no solo se conocían en el vasto término de aquella comarca, sino que se propágaron por todos los pueblos de España. De todas partes concurrían las gentes á la Sierra de Fuen-Santa á cumplir sus promesas y á hacer penitencia: acampaban á la sombra de una espesa pinada que allí habla, y en las cuevas contiguas al Santuario. Las actas capitulares del Ayuntamiento de Murcia de 19 de Febrero de 1429, 22 de Noviembre de 1485 y otras, hablan estensamente sobre la devoción á este Santuario. En el año 1610, Francisca de Gracia, rica y famosa cónvina de Madrid, quiso variar de vida, y se retiró á aquel sitio. Llevó consigo á su marido, cómico tambien, llamado Juan Bautista Gomez; y se albergaron en una cueva, junto á la fuente que desde entonces se llama la cueva de la comedianta. En ella vivieron y murieron ejemplarmente. Francisca dió á la Virgen mil ducados en dinero, que equivalían á dos mil de Carlos IV; y los ricos vestidos que llevó; recogió con su marido muchas limosnas, y costearon dos retablos dorados uno para la Virgen y otro para un Santo Cristo. Vivían en la Fuen-Santa los comediantes en el año 1626, en que era administrador D. Gabriel Varezcel, penitenciario de la Iglesia Catedral de Murcia, el cual en su testamento, hablando del Santuario, dice que antes de los cómicos no habla en él cosa ni alhaja de provecho. Despues de muertos los cómicos, en el año de 1694, se principió la obra del precioso templo que hoy existe, y representa la lámina que antecede, en el mismo sitio que ocupaba el antiguo; que sin temor de faltar á la verdad puede decirse ser uno de los mejores puntos de vista que se ofrecen á la consideración humana. El cuadro primordial se llevó en secreto al convento de capuchinos de Murcia, en el año 1706 cuando la guerra de sucesión. ¿Dónde estará! La Virgen de la Fuen-Santa que ahora es de mas devoción en aquella ciudad, es una imagen de talla antiquísima, que probablemente será Ntra. Sra. de las Fiebras, la que en otro tiempo se veneró en la Catedral, y cuyo paradero se ignora. No obstante, vá vestida con manto, corona y cetro, faja y baston de Capitana Generala que lo es desde la guerra de la Independencia, despues de haber formado Murcia un regimiento de caballería titulado de la Fuen-Santa. En las adversidades públicas se lleva en rogativa la hermosa imagen á la Catedral. La ida y vuelta de la Virgen son el objeto de la siguiente noticia.

II.

El Domingo se llevan la Virgen. Esta es la voz que pone en agitación á los artesanos, mayorazquitos, huertanos, mugeres y niños de todas edades y condiciones para ir al monte. Todos se preparan con sus ceteras y sartenes, sus citas y amigos para acompa-

ñar á la Virgen. Llega el Domingo, y al toque del alba un repique general de campanas, que son las mas alegres de toda España, anuncia la salida á la procesion, que principia con una comparsa de chiquillos, los cuales llevan cañas verdes, y gritan *agua, agua, Virgen de la Fuen-Santa*. Siguen á estos niños todos los devotos y devotas, unos descalzos, otros con velas, otros con milagros de cera, y cada cual con su oferta; y en hombros conducen la hermosa imagen á su casa como ellos dicen. Diseminadas las gentes en aquellas vistosísimas alturas, se entregan al placer; y al mismo tiempo que no cesa la broma y la jarana entre los primeros que llegaron, están viendo serpentear los canales de riego en un bosque tan estenso que forma horizonte; y salir y llegar las carabanas de los huertanos en sus borricos, ó en sus carretas, pero con sus *zagalas*, sus *simples*, y sus *plantones*, vestidos de *zaraguellas*, *jubon ó chuga*, faja encaruada, pañuelo á la cabeza, y manta al hombro, que parecen ni mas ni menos los mismos moros que poblaron á *Zenita*, *Benitajan*, *Aljucer*, *Benipatrox*, *Alquibla*, *Beniel*, *Algezares*, *Aljufia* y demas partidos de donde salen; y mezclados entre mozos molinos, muchachas repelosas, y viejas astutas, llegan tambien los murcianos con sus *carricos* que son muy cucos, pues están vestidos de seda y no tienen el toldo pintado; estos suelen dejar á sus damas que se vayan por el monte á cansarse y divertirse, para tener ocasion de embriagar los ojos con la vista de las huertanas, que las háy mas frescas, mas duras y encarnadas que una buena remolacha. Como cada pino, cada olivo, cada piedra, cobija á una familia que ocupa el dia en guisar y comer *arroz con pollas*, con su vino y *pañu revuelto*, y en bailar á mas no poder, se presenta ocasion á los ciudadanos de ir de grupo en grupo, reconociendo las lindas y burlándose de las feas. Uno que vé á una moçita guapa la mira dos veces, y sin llegar á las tres se le aproxima y dice «Bendito sea Dios que llenó el monte de gloria»; la niña lo mira, no le responde, y le vuelve la espalda. Ahora va buena, dice él para sí; y arrimándosele mas, como hombre que se anuncia, mete aqui la mano, le dice, y toma dos abellanas.—«*Pos ya!*» responde la chüca.—«*Qué cruel eres! si tu supieras como te quiero!*—*Birullo!*»—le contesta espantadiza. Y la madre que observa los movimientos, abandona la sarten y al hombre le dice «*Tío rojo: (aunque tenga el pelo negro) esa garbeza tiene amo. F é osté aquel que está sentao, el que tiene los cos en las vueltas, y los meillos en la cara y parece que no hace náquia, pues aquel la está queriendo. Y por si ese le falta, oste vé al otro que tiene la trompa en el garrote, pues el partito alborota toas las noches con músicas y relinchos: asina, váyase oste, no le salga la morrana mal capá ó se le arreguelba el aparejo á la barriga.*» Gracias, responde el galán: me voy por razon de estado, no porque yo tenga miedo.

Acércase á otroorro donde al ruido de un simple y unas castañuelas, cantan coplas maldicientes y bailan cuatro parejas con los talones. El novio de una que

que baila porque otro le presentó la montera, se escupe en las manos, se come el cigarro, y sin chistar enarbola un *plantonazo* al cantor que le rompe la tapa del *guitarro* y la del pecho. Gritos, confusión, carreras se siguen al trágico fin del baile. Y el ciudadano ya desengañado del carácter de los huertanos, se replega á sus amigas, les cuenta la ocurrencia, y de ellas no se separa hasta que regresa á Murcia en su *carrico* adornado de tallos de pino y yerbas del monte en señal de haber ido á llevar la Virgen á la Fuen-Santa. Mucho pudiera decirse, pero no permite mas el destino de este artículo.

FELIX PONZOA.

BIOGRAFIA ESPAÑOLA.



Estatua de D. Pedro de Mena.

Es una verdad reconocida y comprobada por la historia de la civilización, que así que las artes y la literatura llegan á un punto culminante, principia una decadencia, las mas veces rápida, producida por el refinamiento ó el vivo deseo de la originalidad que abriga siempre las imaginaciones fogosas. El divino Herrera, Rioja y Leon son los precursores de Góngora, Silveira y Paravicino; como Berruguete, el grande Herrera y Velazquez, lo son de Churriguera, Donoso y Atanasio. Desgraciadamente estas licencias, en lo general, son acaudilladas por hombres de imaginacion ardiente y de inspiracion robusta, que arrastran

en pos de sí al vulgo, y aun á los sábios mas juiciosos; con todo, suele haber genios privilegiados, que sin dejarse llevar de los brillantes extravíos de los innovadores, se mantienen en las buenas máximas y sostienen lucha entera y tenaz con una generacion; géneos que logran sobreponerse y ser respetados; géneos en fin, que seducidos alguna vez por el apetecido lauro popular, llegan hasta el borde del precipicio; pero que se resisten á arrojarse luego que miden su profundidad, y mueren al fin con la gloria de haber sido los postreros que sostuvieron la retirada. A estos pertenece D. Pedro de Mena y Medrano, escultor de la escuela granadina.

Muerto el sencillo Cano su maestro, Juan Martinez Montañés, Roldan, Moure, Pereira y otros que conservaron el lustre de la escultura española á principios y mediados del siglo XVII, nadie quedó que se opusiese á las ridiculas y exageradas imitaciones de los malos originales flamencos y boloñeses, que iban cundiendo por España: todos los artistas abrazaban con ardor la nueva escuela en que se daba entera libertad á la imaginacion y al capricho, y solo de los buenos *el último fue Pedro de Mena en Granada*, como dice el laborioso Ceán Bermudez.

Estrañamos mucho que ensalzando los periódicos con afectacion en el dia las mas pequeñas notabilidades en literatura y en otras profesiones que requieren menos ingenio, artistas como Mena y otros tengan que contentarse con las escasas alabanzas de sus pocos aficionados, cuando no con injustos y desacertados artículos de los estrangeros: y por eso vamos á consagrar esta biografía á tan eminente escultor.

D. Pedro de Mena y Medrano, fue descendiente de ilustres caballeros, y nació en Adra (1), una de las siete villas de la Alpujarra, famosa hoy por su industria minera. Su padre, que residia en aquella poblacion, fue autor, segun el Pedraza (2), del rico monumento ó *triumfo* que hay en la plaza de este nombre en Granada, y se llamaba D. Alonso de Mena: este enseñó á su hijo cuanto alcanzaba en su arte, hasta que logró verle acreditado en Andalucia. No conocemos ninguna obra suya de esta época, aunque regularmente se confundirán con las que hay de su padre en varios templos de la Alpujarra.

Por este tiempo (año de 1652) tomó posesion Alonso Cano de la prebenda que Felipe IV, acorde con el cabildo metropolitano, concedió á su mérito; y la fama de tan excelente maestro en las tres artes, y principalmente en la escultura, movió la curiosidad de nuestro artista novel, que vino á la ciudad de Granada con el solo objeto de verle trabajar. Su admiracion fue tan grande al contemplar la inteligencia y ejecucion fácil del nuevo racionero, que á pesar de tener ya Mena mas de veinte y seis años, y estar

(1) Algunos amigos míos estaban persuadidos de que fue natural de Granada, apoyándose en el encabezamiento de un romance que después copiaré; pero las noticias que he recogido en las Alpujarras me han confirmado en que sus padres residian en Adra por los años en que él nació.

(2) Historia de Granada, parte primera pag. 43.

casado, le suplicó humildemente que le admitiese como discípulo. Cano, que era de muy buen corazón, por más que lo ocultasen su carácter novelesco y su genio duro, conoció los buenos deseos de Mena, y no solo accedió á sus instancias, sino que de aquí en adelante fue su protector y el mejor de los maestros. El discípulo no desmereció estas deferencias, pues con la mayor docilidad se puso á estudiar de nuevo su profesión, y no trabajó para el público hasta que obtuvo licencia y aprobación de su maestro. Caso desoído y digno de imitarse por todos los que de corazón deseen aprender.

Terminada su nueva enseñanza, que duró poco, hizo una Concepción para la iglesia parroquial de Alhendin, pueblecito distante una legua de Granada; y habiéndose depositado la efigie en un convento de monjas, fue origen de un ruidoso pleito, entre estas que no querían dejar tan preciosa joya, y la parroquial para quien se había hecho. Sentenció la Chancillería á favor de los comisionados de Alhendin, y la imagen se condujo en procesion solemnisima por medio de la Vega, y fue recibida por el pueblo con disparos de artillería, danzas, músicas y doncellas coronadas de flores. Con este pleito subió de punto la fama de Mena, y á la verdad que lo merecía, porque hemos visto detenidamente esta imagen, y nos parece de lo mejor de sus obras.

Su maestro quedó muy contento de esta estatua, y más con su continua aplicación y progresos, tanto que le encargaba todas las obras que no quería ó no podía hacer, ayudándole solo con dibujos y modelos. Así hizo las cuarenta imágenes para las monjas de los Angeles en Granada, entre las cuales estaba la estatua que encabeza este artículo, y las cuarenta que faltaban en el coro de la catedral de Málaga, en las que empleó cuatro años cobrando 40,000 rs. por su trabajo.

Con estas obras se extendió su fama por todas partes, y el cabildo de la Catedral de Toledo le encargó la bellissima efigie de S. Francisco, nombrándole en consecuencia su escultor el 7 de Mayo de 1663.

Murió poco después el gran Alonso Cano, y desde entonces de todas partes le encargaron obras á su discípulo predilecto, pues pasaba justamente por el mejor escultor que había en España. D. Juan de Austria, que tenía bastantes conocimientos en las bellas artes lo juzgó así, y le mandó venir á Madrid para que hiciese una Virgen del Pilar con Santiago á los pies que regaló á la Reina Madre. Es de notar, que cuando la estatua estaba á medio concluir, robaron la cabeza en madera; y apesadumbrado el escultor, porque juzgaba que no podría repetirla tan perfecta, acudió al Rey: este encargó á los Obispos que fulminasen censuras contra los raptos, y á poco apareció la cabeza en el obrador de D. Pedro sin saber como. Suceso que prueba la excelencia de la escultura, y revela también la necesidad de la religion en las sociedades.

El Príncipe Doria quedó tan admirado con la obra del andaluz, que encarecidamente le rogó también que hiciese un crucifijo para llevarle á Génova, y

mostrarle á los mejores artistas. Estimulado el escultor por tan gran Señor, y conociendo por otra parte el gusto y saber de los italianos, apuró toda su ciencia, estudió el natural, y puso todo su cuidado. Consiguió con estas circunstancias concluir después de largas vijilias un Cristo de la agonía, de poco más de una tercia, que admiró el mismo diablo, que no había hecho cosa igual. El Príncipe apenas lo recibió, cuando lo enseñó con orgullo á todos los principales artistas de Italia, y remitió al español una carta llena de aplausos y honores, junto con un espléndido regalo.

En este tiempo hizo para Madrid varias obras, y entre ellas tres efigies de la Magdalena, á una de las cuales compuso después D. Francisco Antonio Bances Candamo (poeta famosísimo en aquellos tiempos) un romance histórico con este título: *A una mas que peregrina imagen de Sta. María Magdalena, del insigne escultor Pedro de Mena, hijo de Granada y vecino de Malaga, donde está sepultado*; y que principia.

¿Qué tronco es este que elevando informa
De Magdalena el inmortal supuesto,
Cuya eleccion en uno y otro siglo
Es constante milagro de dos mundos?...

y concluye.

...Donda Florinda ya desesperada,
Furiosa al mar desde los altos muros,
De un fuerte alcanzar en crespadas ondas
Se labró el monumento mas profundo (1).

Sus achaques le hicieron pasar á Andalucía, con gran sentimiento de los señores de la corte, y en Córdoba trabajó varias imágenes para la Catedral y San Francisco; de allí fue á Granada, donde hizo la estatua ecuestre de Santiago, que está colocada en el retablo de este nombre en la catedral, y otras para las monjas de S. Bernardo, Capuchinas y Mercedarias Descalzas. Su enfermedad se agravó, y por orden de los facultativos partió á Málaga á respirar los aires de mar; y á pesar de su estado ejecutó en cedro, traído de Sevilla, las efigies de S. Blas y S. Julian, que hay en la Catedral. Llegó el año de 1693, y lleno de achaques y de años, murió sentido de todos, y más encarecidamente de los que veían en D. Pedro el último vástago de la escultura española. Fue enterrado en el Monasterio de Cister, donde tenía dos hijas religiosas que dibujaban también con perfección.

Fue D. Pedro de Mena de bella y agradable figura, y caballeroso en sus modales y acciones, como que siempre se trató con personas de rango y tuvo particular é íntima amistad con el Obispo de Málaga. Sin embargo, si hemos de hablar á fuer de justos histo-

(1) Los ocho versos citados me relevan de copiar todo el romance que es de pésimo gusto; si alguno desea verlo íntegro acuda á las obras líricas de D. Francisco Antonio Bances Candamo, que saca á luz D. Julian del Río Marín, impresas en Madrid en 1720; pág. 107.

viadores, esto perjudicó bastante á las artes, pues dió en la manía de no querer admitir á nadie como discípulo, si antes no probaba limpieza de sangre: determinacion que elogió Palomino, arrebatado de un mal entendido celo por las artes.

Sus obras tienen algo de la sencillez y correccion de Cano, y mucha dignidad; pero á veces poco dibujo, y cierta tendencia al mal gusto de sus contemporáneos. Fue general en madera, mármol y marfil, y sus obras están esparcidas por toda España, si bien muchas han desaparecido con la devastacion de los conventos.

Antes de terminar esta biografía, necesario será decir cuatro palabras sobre la estatua que representa la lámina: es el ángel custodio, y su original se halla perfectamente conservado, en la sala de juntas de la Academia de Nobles artes de Granada; es de tamaño natural, y de mármol de las canteras de Macael. Antes del año de 1838 estaba en un nicho, sobre la portada de la nueva Iglesia de las monjas del Anjel; pero cuando este convento quedó abandonado, le recogió la celosa Academia, y desde entonces le conserva.

Algunos se lo han atribuido á Cano, sin reflexionar, á nuestro ver, ni examinar detenidamente las obras del maestro y del discípulo. Los paños de esta estatua no son sencillos ni grandiosos, y sus estremos tienen notables incorrecciones; además, la cabeza del ángel aunque graciosa tiene mucho de italiana, sin parecerse en casi nada al tipo sublime de Alonso Cano; solo el niño y la mano derecha tienen golpes preciosos y maestros, pero no son los bastantes para aventurar un juicio. En fin esta efigie puede honrar mucho á D. Pedro de Mena, y rebajaría algo á su excelente maestro.

J. JIMENEZ SERRANO.

MISCELANEA.

MUERTE DESASTROSA DEL ESCULTOR TORRIGIANO.

Pedro Torrigiano nació en Florencia en 1472, y floreció en Roma en tiempo de Miguel Ángel; despues de haber ejecutado en Inglaterra, donde le llamó su reputacion, los hermosos sepulcros de Margarita, Condesa de Richmond, y de su hijo Enrique VII, que se hallan en la Abadía de Westminster, pasó á España, y entre otras obras hizo una figura de la caridad y un *Ecce Homo* para la capilla Real de Granada, que son consideradas como obras maestras, y solo comparables con las estatuas del mismo autor de S. Gerónimo, (1) y S. Leon, que ejecutó para el convento de Gerónimos de Sevilla.

El fin de este famoso artista fue deplorable. Estaba trabajando en una figura del niño Jesus para un grande de España, y aunque no había ajustado el precio, el comprador, que era muy rico, había ofrecido pagar la obra segun su mérito.

(1) Véase en el Semanario del año de 1843 Número 41 el diseño de esta estatua.

Torrignano hizo un primor del arte, el mismo noble lo admiró con entusiasmo, diciendo que le faltaban expresiones para alabarlo; al día siguiente envió á Torregiano por sus criados muchos y pesados sacos de dinero. El artista al verlos se consideró dignamente recompensado; pero al abrirlos encontró que solo contenían 30 ducados en monedas de cobre. Indignado Torrigiano, con razon agarró un martillo, hizo pedazos la figura, y echó de su casa á los criados con los sacos que habían llevado, mandándoles que contasen á su amo cuanto acababan de presenciar.

Irritado el noble fue á encontrar inmediatamente al Inquisidor, y acusó al artista de haber puesto sus sacrílegas manos en el Niño Jesus, fingiendo temblar de espanto al referir tan nefando desacato. En vano alegó Torrigiano, para disculpar una accion hija de la cólera, que el creador tiene derecho de destruir sus obras; en vano llamó en su ayuda á la justicia, siendo su juez el fanatismo. El infeliz espiró segun unos en medio de horribles tormentos, y segun otros para evitar la afrenta y la hoguera se mató de hambre, en el año 1522.

MIGUEL ANGEL Y BRAZ DE CESANA.

El Papa Paulo III fue un día á visitar á Miguel Angel, que estaba concluyendo el sublime cuadro del Juicio final, para la Capilla Sixtina. El séquito del Pontífice era numeroso, y muchos de los individuos que lo componian, no tenían las cualidades necesarias para apreciar la produccion de tan grande ingenio: en este caso se hallaba Braz de Cesana, maestro de ceremonias del Papa. Preguntóle Paulo III que tal le parecia la pintura; y como un maestro de ceremonias no es de derecho hombre de gusto, y juez competente en objetos de artes, contestóle Cesana sin vacilar, que el cuadro era mas propio para una taberna que para una iglesia.

Los artistas gustan poco de la crítica, mayormente siendo injusta, y no siempre precinden de la venganza: la de Miguel Angel fue pronta, pues desde luego dió un lugar en el cuadro entre los condenados, al maestro de ceremonias: una serpiente le enlaza y devora, y la cabeza del nuevo Midas está afeitada, con un par de orejas de borrico, sin duda en memoria de la excelente sentencia que pronunció.

El retrato de Braz de Cena era muy conocido, y pronto se hizo pública la malicia del pintor. En vano pidió aquel á Miguel Angel que le sacase del lugar de los tormentos, donde le había arrojado sin respetar su reputacion. El artista fue inexorable, y el maestro de ceremonias acudió al Papa para obtener justicia.

Paulo III supo salir del apuro con sagacidad: «Tengo, le dijo á Braz, todo el poder en la tierra y en el cielo; si os hubiera puesto en el purgatorio, tal vez pudiera daros aun algun remedio; pero como estais en el infierno, no hoy remision.